

Introducción a la semana

Si toda fiesta tiene octava, la fiesta de las fiestas, la de Pascua de Resurrección, ha de tener la octava más solemne. Y así es. No puede haber una fiesta en esta semana que derive la liturgia hacia ella. La Liturgia no se aparta del hecho eje de la Liturgia, y de nuestra vida, la Resurrección del señor. Luego, el tiempo de Pascua se prolongará seis semanas más, pero en este tiempo sí se celebrarán fiestas de santos o de María.

La Palabra de Dios en esta semana está tomada del libro de los Hechos de los apóstoles - primera lectura - y de los diversos episodios de manifestaciones del resucitado a discípulos según los cuatro evangelistas. Los textos evangélicos describen cómo los discípulos van tomando conciencia de la resurrección del Maestro, y los textos de Los Hechos cómo se van formando las primeras comunidades cristianas, en las que se vive y se celebra el triunfo sobre la muerte del condenado a ella. Es la fe en la resurrección del Señor lo que las constituye como comunidad cristiana. Fe que conlleva una profunda convicción que les permite proclamar algo tan absurdo a primera vista, como que el crucificado y muerto a los ojos de todos como un maldito, Dios lo había resucitado y colocado a su derecha como juez universal. No es argumento apodíctico, pero sí da credibilidad al hecho. Es semana para seguir disfrutando con los discípulos de que la causa de Jesús no terminó en la cruz, sino que continúa en las comunidades que se forman en torno a la fe en su presencia resucitada. Y que merece la pena jugarse la vida por proclamarlo.

Lun

2

Abr

2018

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Que vayan a Galilea...allí me verán”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró:

«Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a el:

“Veía siempre al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha para que no vacile.

Por eso se me alegró el corazón,
exultó mi lengua,

y hasta mi carne descansará esperanzada.

Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.

Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo de hoy

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Bendeciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.
Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús salió al encuentro y les dijo:

«Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él.

Jesús les dijo:

«No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros».

Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Reflexión del Evangelio de hoy

Todos nosotros somos testigos

La liturgia de hoy nos propone como lectura, el inicio del libro de los Hechos de los Apóstoles que iremos desgranando a lo largo del tiempo pascual. Antes de subir al cielo, Jesús había anunciado a sus discípulos que tras recibir el Espíritu Santo serían sus testigos en Jerusalén, Judea, Samaría y hasta los confines de la tierra (1,8). En el texto de hoy encontramos el comienzo del cumplimiento del anuncio de Jesús. Los discípulos comienzan a dar testimonio de Jesús en Jerusalén (2,14-41). Pedro junto a los once y, por tanto, en nombre de toda la comunidad, se pone en pie y toma la palabra. Se dirige a los judíos, lo que será importante en su argumentación.

El discurso se divide en tres partes: a) Introducción y esclarecimiento del fenómeno de Pentecostés a la luz del profeta Joel (2,14-21); b) Anuncio del Kerigma y explicación como la muerte, resurrección y exaltación de Jesús cumple las profecías (2, 22-36); c) exhortación a la conversión (2, 37-41). En nuestro texto encontramos la introducción y casi la segunda parte completa.

Pedro, tras el saludo inicial, prosigue su discurso proclamando el *Kerigma*. ¿Pero qué queremos decir con este vocablo griego? El *kerigma* era anuncio de lo esencial sobre la vida y misión de Jesús a aquellos que aún no lo conocían. En él se explicaba la identidad de Jesús. Se le presenta como un ser humano, y no una figura mítica, aludiendo a su patria chica, "de Nazaret", pero un ser humano especial que ha sido acreditado por Dios con milagros, signos y prodigios (22). También recoge su pasión en la cruz a la que le habían condenado los judíos (23), y por supuesto lo más importante: su resurrección (24).

Puesto que el auditorio es judío, Pedro va mostrando (25-28) que todo esto forma parte del plan de Dios que ya había sido anunciado en la Escritura (Sal 17,6; Sal 15,8-11; Sal 131,1), y alude especialmente al rey David al que Natán había hecho la promesa de que el Mesías sería un descendiente suyo (2 Sam 7, 12-13). La resurrección de Jesús confirma esa promesa mesiánica.

Pedro ante los judíos que le escuchan, realiza dos estrategias en su predicación: en primer lugar, se limita a anunciar lo esencial del mensaje, lo determinante; y en segundo lugar, utiliza un lenguaje que los hebreos conocen bien para presentar el "acontecimiento de Jesús de Nazaret". En Jesús se realiza lo que ya estaba anunciado. En Él se cumple la Escritura. Él es el Mesías esperado. Al igual que Pedro y los once, nosotros también somos testigos de la resurrección de Jesús ¿Cómo es mi anuncio de la fe? ¿Transmito lo esencial de la persona y el mensaje de Jesús? ¿Utilizo el lenguaje de mis destinatarios para que entiendan el mensaje?

Que vayan a Galilea...allí me verán

El Evangelio de la liturgia de hoy nos presenta dos escenas, a modo de díptico: una en la que las protagonistas son las mujeres y otra en la que los protagonistas son los hombres.

Veamos la primera escena. María Magdalena y la otra María marchan a toda prisa, tras el encuentro con el ángel en el sepulcro vacío a anunciar a los discípulos su mensaje. Jesús no está ahí: ha resucitado. Ellas llevan dos emociones dentro: el miedo y la alegría. El miedo que les provoca el desconcierto de la noticia recibida, y la alegría de pensar que sea cierto. En ese camino es Jesús el que les sale al encuentro y les invita precisamente a potenciar una emoción, la alegría; y a desterrar la otra, el miedo. Ellas lo reconocen y se postran (*proskinein* es el verbo que utiliza Mateo para expresar el reconocimiento de Jesús como el Señor cf. 28,18). Ahora es Jesús el que las envía a sus hermanos para que vayan a Galilea, allí le verán. Estas mujeres son enviadas por Jesús a ser auténticas predicadoras. Han de señalar a los discípulos donde encontrar a Jesús. Por ello será llamada María Magdalena "apostolorum apostola" (apóstol de los apóstoles) por nuestro hermano Tomás de Aquino. Ella anuncia a los apóstoles lo que a su vez anunciarán ellos por todo el mundo.

La segunda parte del díptico se desarrolla de forma simultánea. Los guardias que han sido testigos en el sepulcro vacío de la presencia del ángel del Señor, huyen atemorizados. Van a la ciudad a contar lo ocurrido los sumos sacerdotes. Su pacto es mentir sobre lo ocurrido con el cuerpo de Jesús a

cambio de dinero. El evangelio termina diciendo “esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy”, refiriéndose así al momento en que se escribe el evangelio.

Viendo ambos dípticos, observamos que ante la Resurrección de Jesús, la primera actitud, la de las mujeres provoca un cambio en la Historia de la humanidad, mientras la de los judíos hace que todo continúe igual. Y es que reconocer a Jesús resucitado es entender y vivir la vida de forma diferente. Es vislumbrar al Resucitado que en medio de nuestros acontecimientos diarios impulsa todo lo que hace brotar la vida y libera a la humanidad de caer en las muertes cotidianas. Esta es también nuestra misión. Nosotros/as también hemos sido testigos de la resurrección de Jesús ¿cómo y dónde invito a mis hermanos donde encontrar a Jesús? ¿Cómo impulso en mi mundo los brotes de vida y libero de las muertes cotidianas a mis hermanos?



Hna. Mariela Martínez Higuerras O.P.
Congregación de Santo Domingo

Mar
3 Evangelio del día
Abr
2018 Semana de la Octava de Pascua

“¿Mujer por qué lloras?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 36-41

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos:

«Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías».

Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

Pedro les contestó:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro».

Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo:

«Salvaos de esta generación perversa».

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo de hoy

Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:

él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:

«¡María!».

Ella se vuelve y le dice.

«¡Rabbuní!» , que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice:

«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué tenemos que hacer?

El día de Pentecostés, Pedro se dirige a los judíos y les dice: *“con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías”*.

Toda una proclamación de fe que no se encierra en la comunidad de los discípulos, si no que se amplía hacia un horizonte universal, todo el pueblo judío.

La respuesta a esta pregunta la contesta Pedro con la conversión y con el bautismo en nombre de Jesús el Mesías, porque el don del Espíritu, que se ofrece a todos, judíos y gentiles, se recibe convirtiéndose y recibiendo el bautismo. Éste se administra invocando a Jesús como Mesías y produce el perdón de los pecados.

Unos versículos anteriores, habla del patriarca David, que murió y lo enterraron, y que habló previéndolo de la resurrección del Mesías cuando dijo que *no lo abandonará en el lugar de los muertos y que su carne no experimentará la corrupción*.

¿Mujer por qué lloras?

El Evangelio nos narra la aparición del Resucitado a María Magdalena, que sentada, en la puerta del sepulcro sollozaba. Unos ángeles le preguntan ¿por qué lloras? Y ella contesta que buscaba el cuerpo de Jesús, que se lo habían llevado y que no sabía dónde lo han puesto. María no es consciente que no es en el sepulcro donde hay que buscar a Cristo resucitado, sino en el encuentro personal y la oración.

Por eso, el Resucitado le hace la misma pregunta, ¿por qué lloras? Pero le añade una pregunta mayor ¿a quién buscas? El resucitado la centra en su llanto. No es el cuerpo muerto lo que has de buscar, si no al resucitado. Una vez cae en la cuenta de la identidad de quien le habla, y reconoce al Cristo, es cuando María recibe la Misión de anunciarlo a sus discípulos.

Es la hora de la Iglesia, del encuentro con el resucitado, donde se dará una fe más profunda y auténtica, lejos de toda cobardía y confusión. María representa a la mujer creyente, que quiere buscar más allá de sus llantos un sentido a la vida y al amor que le han arrancado del alma.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Miércoles

4
Abr

2018

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“¿No arde tu corazón?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo:

«Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo de hoy

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué?».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?».

Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

En el Nombre de Jesús

Tras la resurrección de Cristo comienza la vida de la Iglesia. Son los momentos en los que los Apóstoles toman conciencia de su misión, son los momentos de poner en marcha todo lo aprendido con el Maestro. Y en ese contexto es especialmente tierna la escena que se nos presenta. Pedro y Juan entrando en el templo y apiadándose de un lisiado, de una persona con discapacidad como diríamos hoy, de alguien que vive marginado. El hombre pide ayuda material, necesita sobrevivir y acude a lo único que puede hacer, a la caridad. Pedro es muy claro: no tengo oro, ni plata... pero "En el Nombre de Jesucristo Nazareno echa a andar". Le da lo que necesita: salud para ganarse la vida. Pero también salud para el alma: el hombre se pone en pie y entra con ellos al templo alabando a Dios. Ese es el efecto de quien se encuentra con Cristo en su vida: la transformación del alma y el cuerpo. Y ese es el efecto que deberíamos provocar nosotros en quienes se nos acercan: somos discípulos de Jesús y los demás deberían verle a

través de nosotros, de nuestras obras, de nuestro día a día, de nuestra actitud ante la vida.

¿No arde tu corazón?

Este precioso pasaje del Evangelio de San Lucas es sobradamente conocido. La tristeza, el desánimo de los dos discípulos que caminan se transformará en júbilo cuando descubren a Cristo, el Cristo de la Pascua, el Cristo Resucitado, en el caminante que les acompaña. Sus ojos se abren y su alma se llena de gozo al ver la promesa cumplida. Han tenido que experimentar en primera persona lo que otros les habían contado.

Nosotros oímos hablar de Jesús constantemente, leemos sobre Él. Desde niños nos han enseñado su vida, su mensaje, sus palabras. Pero (y creo no confundirme) en un momento de nuestra vida hemos tenido un encuentro personal con el Cristo vivo, que es el que nos ha hecho ver la realidad de lo que, hasta entonces, solo era una enseñanza más o menos bien asimilada por nosotros. Una enfermedad, una desgracia familiar, el encuentro con un amigo “que nos abre los ojos” con su testimonio, el tropiezo del que “milagrosamente” nos reponemos... En algún momento todos hemos visto partir el pan, hemos sentido en nuestro corazón que ahí estaba Jesús. Y a partir de ahí, como los discípulos de Emaús, deberíamos ir a contar lo que hemos visto, lo que hemos vivido. El cristiano no lo es para sí mismo, en tanto en cuanto lo es para los demás. Nuestro testimonio es vital para colaborar en la misión de Cristo, no olvidemos que todos estamos llamados a ser apóstoles, y si me apuran los que vivimos bajo el carisma dominicano más todavía: somos predicadores, anunciadores de la Resurrección de Nuestro Señor a partir del mismo momento en el que “le hemos reconocido al partir el pan”.

Vivimos días de gozo, días de Pascua. Con Cristo hemos salido de las tinieblas del sepulcro a la luz de la nueva vida. Hagamos como esos dos discípulos, contemos lo que hemos visto y vivido y que nuestro corazón arda en el amor de Dios.

Feliz Pascua de Resurrección a todos.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Jue

5
Abr

2018

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Sabían bien que era el Señor”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 11-26

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos.

Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente:

«Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo.

Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros.

Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer.

Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días.

Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo de hoy

Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9 R/. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señor, Dios nuestro,

¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,

el ser humano, para mirar por él? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies. R/.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice:

«Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Y él les dijo:

«¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

«¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

Y les dijo:

«Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos

La gente, después de la curación de parálitico seguía asombrada y se agolpaba en torno a Pedro y Juan, a quienes atribuían la sanación de ese hombre. Pedro, en primer lugar, les saca de dudas y les dice claramente que no son ellos lo que han devuelto la salud al parálitico, sino su Maestro y Señor, Jesús de Nazaret.

Y dado que Pedro, ante lo ocurrido, estaba en buena posición para ser escuchado, recuerda algunas verdades a sus oyentes. No tiene ningún miedo en decirles que fueron ellos los que de manera injusta, “entregasteis, rechazasteis y matasteis” a Jesús, al que Dios “le resucitó de entre los muertos y nosotros somos testigos”. Siguiendo en la línea de la verdad, Pedro reconoce que lo hicieron por ignorancia: “Sin embargo, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, y vuestras autoridades lo mismo”. Ante estos hechos, Pedro les exhorta a darse cuenta de lo que han hecho y arrepentirse de “vuestros pecados; a ver si el Señor manda tiempos de consuelo, y envía a Jesús, el Mesías que os estaba destinado”.

Sabían bien que era el Señor

Aunque Jesús había explicado a sus apóstoles con claridad que tenía que padecer, morir y resucitar al tercer día, no acababan de entenderlo. Y cuando sucedió, sobre todo lo de su resurrección, no eran capaces de asimilarlo y de creérselo. “¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?”. Pero Jesús, como siempre, les insistió de una manera y de otra para que acabaran de aceptar esta sublime verdad. Y les muestra sus manos, sus pies y les pide comida, y les indica el lugar para llenar la red de peces, para que le reconozcan resucitado.

Jesús tuvo sumo y especial cuidado de convencer a sus apóstoles que había resucitado, que su final no terminó en la cruz del Calvario, que realmente su Padre Dios le había devuelto la vida al tercer día. Así también podían creer en la verdad de su promesa de que también ellos iban a resucitar después de morir. “Yo soy la resurrección y la vida el que cree en mí, aunque muera vivirá y vivirá para siempre”. Lo de Jesús, seguir a Jesús, es para esta vida y para la otra, donde disfrutaremos de la plenitud del amor y de la felicidad para toda una eternidad. Nos espera un glorioso destino.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

“Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres. Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes. Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos: «¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?».

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

«Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo de hoy

Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27a R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:

eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,

ha sido un milagro patente.

Éste es el día que hizo el Señor:

sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;

Señor, danos prosperidad.

Bendito el que viene en nombre del Señor,

os bendecimos desde la casa del Señor;

el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice:

«Me voy a pescar».

Ellos contestan:

«Vamos también nosotros contigo».

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice:

«Muchachos, ¿tenéis pescado?».

Ellos contestaron:

«No».

Él les dice:

«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».

La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro:

«Es el Señor».

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque

no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan.

Jesús les dice:

«Traed de los peces que acabáis de coger».

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

«Vamos, almorzad».

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión del Evangelio de hoy

Jesús es la piedra que desechasteis vosotros

Seguir al resucitado y, como Pueblo de Dios, dar testimonio del evangelio de Jesús de Nazaret en nuestro mundo acarrea, las más de las veces, el conflicto. A los primeros cristianos les reportó la previsible persecución. A destacar que el seguro riesgo que por predicar asumía el apóstol no asustó sino todo lo contrario: el evangelio se transmitió con audacia y con plena confianza en su poder salvador. El recado más hermoso de esta predicación es que Cristo es nuestro salvador: es el mediador por excelencia entre Dios y nosotros. Y esto es lo que anuncian Pedro y Juan, sin dejarse impresionar por la debilidad de su presencia frente a la prepotencia de sus adversarios y perseguidores. No se dejan intimidar, confían en la fuerza del Espíritu que pone en sus palabras la fuerza que les había prometido el Maestro. Es una excelente plantilla a la que se debe atener la rutina del Pueblo de Dios en su devenir por la historia. Porque la mejor predicación de los testigos se limita a pregonar que el único que salva es Jesús de Nazaret, quien en debilidad e injusticia fue crucificado. Pero, por ser resucitado por su Padre Dios, se ha tornado en piedra angular, cimiento de toda salvación.

Sabían bien que era el Señor

Este relato de una aparición de Jesús a sus discípulos en el mar de Galilea tiene el encanto añadido de recordar los inicios de la predicación apostólica con no disimulado entusiasmo. Puede que llame la atención que los discípulos no reconozcan al Señor de inmediato (al Resucitado solo se le reconoce por la fe, se nos insiste en los relatos evangélicos), y justo es la fe en su persona y palabra lo que quiere resaltar siempre el Maestro en su Evangelio. El texto es fecundo en detalles y mensajes, entre otros: el discípulo amado, Juan, es el modelo del seguidor de Jesús de Nazaret; la comida compartida es alegría y celebración del encuentro del Señor; y cómo al final de este evangelio la imagen de Pedro es resarcida de su negación de Jesús y es preparada con lo que es indiscutiblemente evangélico, el amor fiel a Jesús de Nazaret, el mejor aval del posterior servicio de Pedro; la pesca se realiza en alta mar, en el mundo, y siendo el Señor el que da sentido a esta faena. Y a mayor abundamiento, la pesca prodigiosa es la misión del Pueblo de Dios, donde se verifica el trabajo apostólico de ser pescadores de hombres, cuyo éxito solo lo garantiza el Señor. Página para saborear las delicias pascuales que la fuerza del Resucitado ofrece a sus fieles, a su Pueblo, quien en la fe sí sabe bien que es el Señor.

Ser pescadores en el nombre del Señor ¿nos invita a reconocerlo entre nosotros y en nuestras comunidades?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Sáb Evangelio del día

7

Abr

2018

Semana de la Octava de Pascua

Hoy celebramos: San Juan Bautista la Salle (7 de Abril)

“Id al mundo entero y predicad el Evangelio”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 13-21

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo:

«¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo:

«¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo de hoy

Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21 R/. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
El Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.
Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos R/.

«La diestra del Señor es poderosa.
La diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. R/.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.
Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 9-15

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando.
Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo habían visto, no la creyeron.
Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo.
También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron.
Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.
Y les dijo:
«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Os parece justo delante de Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a Él?

En este sábado de la Octava de Pascua seguimos celebrando la Vida, la Muerte y Resurrección de Cristo que produce vida y vida en abundancia. Nos da Vida, Esperanza, ilusión, ganas de anunciar el evangelio.

Las lecturas de hoy nos ofrecen la posibilidad de contemplar asombrados el núcleo central de nuestra fe en la Resurrección de Cristo.

En la primera lectura se nos dice que los miembros de Sanedrín no saben que hacer. No acaban de entender la valentía y la seguridad de unas personas incultas que dan testimonio de Jesús a pesar de todas las prohibiciones. Los que se creen sabios no han captado la voluntad de Dios y los sencillos sí. Pero por medio está el milagro que han hecho los apóstoles con el parálítico, que les ha dado credibilidad ante todo el pueblo. La nueva prohibición se encuentra de nuevo con la respuesta de Pedro: "Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído" "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" No es justo obedecer a los hombres, hay que refugiarse en la Vida y lo que es el Amor. Ellos actúan en nombre de la Vida, de la Resurrección, no son ellos, es Jesús Resucitado en ellos. Es la nueva vida en Cristo que transforma al ser humano. Al que tenía la torpeza, la oscuridad, le vuelve de nuevo la vida, la luz. Solo la fe y el contacto cotidiano con la Palabra de Dios son capaces de transformar a los más humildes, cobardes, llenos de miedo, en hombres valientes y seguros de sí mismos para poder dar testimonio de Cristo Resucitado.

Id al mundo entero y predicad el Evangelio

En el evangelio de Marcos de hoy, leemos un resumen de las apariciones de Jesús, Resucitado en la mañana del primer día de la semana y se apareció primero a María Magdalena, a una mujer pecadora, quien tenía poca credibilidad; pues para el mundo quien es creíble es quien tiene la ciencia y el poder. Ella lo vio y fue a anunciarlo; pero ellos no la creyeron. Ella transmitía la Vida, pues transmitía a Cristo. Quien no tenía vida, se hace portavoz de la Vida, se llena de valentía, de coraje y se hace transmisora de la gracia de Dios y del mensaje de Jesús Nazareno.

Después se mostró a otros dos de sus discípulos que van de camino hacia Emaús, también a nosotros como a ellos, tenemos momentos de desilusión, de ceguera espiritual, de crisis... en que preferimos huir. Pero Jesús no piensa dejarnos solos y se pone a caminar a nuestro lado hasta que lo descubrimos.

Al fin se manifestó a los once y les reprendió por su incredulidad y terquedad, por no haber creído a los que lo habían visto resucitado. A nosotros también nos hecha en cara que seguimos nuestros planteamientos antiguos, esa es nuestra terquedad. La criatura nueva es aquella que transmite lo que Jesús Nazareno, le ha transmitido primero. Por eso nos manda a los discípulos "Id al mundo entero y proclamad el evangelio" para poder llevar este mensaje de Jesús, nos tenemos que llenar de Él "contemplad y dar lo contemplado", sino serán palabras vacías, que pueden ser muy bonitas;

pero no llegan al corazón y no dan fruto. Solo desde la experiencia de Dios, se nos transforma y desde ahí podemos transmitir.

Que la Resurrección del Señor Jesús, tenga un tono Pascual en nosotros, con envoltura de luz y paz, para que lo percibamos dentro, y lo descubramos en el huerto, como la Magdalena, y en los sonoros ríos de la vida. Que aparezca siempre vivo en nuestra vida.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio de la Encarnación (Alcalá la Real)

San Juan Bautista la Salle

**Presbítero, fundador de los Hermanos
de las Escuelas Cristianas,
patrono de los maestros cristianos**

Reims (Francia), 30-abril-1651 - San Yon (Francia), 7-abril-1719

La figura más significativa del siglo XVII francés en referencia a la educación cristiana se llamó Juan Bautista y tuvo por apellido el de la distinguida familia de La Salle, asentada en la noble ciudad de Reims. Fue, por su carisma de fundador, por su intuición de pedagogo, por su cultura de teólogo y escritor fecundo, por su influencia posterior, una hermosa bendición de Dios a la Iglesia.

Una familia numerosa

El 30 de abril de 1651 nació en Reims, en el pequeño y discreto palacete llamado «De la campana». Sus padres, Luis de la Salle y Nicolasa Móet, fueron esposos modelos de fe y de amor al hogar. Ambos pertenecían a familias distinguidas de la localidad, ricas en bienes materiales, pero más ricas por sus valores espirituales. [...]

La felicidad fue la tónica de la familia en los primeros años. En la casa convivían la abuela materna y otros tíos y primos. Diversos domésticos bien elegidos contribuían al orden y a la educación de los hijos que fueron llegando como bendición divina. Siguió al primogénito, Juan Bautista, otros nueve más.

Juan Bautista conoció, pues, un hogar numeroso, en donde el cariño fraterno y el orden dieron tono a su estilo de vida infantil. Y fue un hogar bien relacionado: las tertulias, las visitas y, en ocasiones, las fiestas al estilo de la época, impregnaron sus recuerdos.

En octubre de 1660 su padre decidió que entrara en el colegio de Bons Enfants, cercano al hogar y dependiente de la Universidad. En ese colegio, selecto y bien organizado, estuvo hasta 1669. Luego continuó su vida escolar en la Universidad, donde inició los llamados estudios de Artes y donde forjó su personalidad y su cultura elevada.

Presbítero y Canónigo

Su vocación hacia el sacerdocio se gestó imperceptiblemente durante estos años escolares. Sus piadosos padres acogieron con agrado sus deseos de orientarse al sacerdocio. Por eso, en 1662, el 11 de marzo, recibió la tonsura eclesiástica, invitación a seguir por el camino elegido.

En 1667, el 7 de enero, fue designado canónigo del Ilustre Cabildo de Reims. Admirado de sus cualidades de seriedad, piedad y juicio, el anciano canónigo Pedro Docet, familiar suyo, le cedió su lugar en el coro catedralicio. Tenía ya 16 años y fue el comienzo de una metódica vida de plegaria, de estudio y de responsabilidades sociales.

En el año siguiente, el 17 de marzo, recibió las órdenes menores y siguió su trabajo como «seminarista externo». Sus estudios en la Universidad culminaron con el título de Maestro en Artes, obtenido el 10 de julio de 1669. Y el deseo de continuar con los estudios de Teología le movió a frecuentar las clases de Teología en la misma Universidad. Pronto se pensó que resultaría mejor el ambiente abierto de París, pues no se hallaba entonces exento de naturales ambiciones.

En el comienzo del curso de 1670, la Sorbona le contó entre sus alumnos en la capital del reino. Su residencia fue el Seminario de San Sulpicio, célebre por su disciplina y por la calidad humana de sus rectores. Su vida allí se inició el 18 de octubre.

Su estancia, que prometía ser larga y fecunda, se vería pronto truncada por la muerte de sus padres. Pero los meses que transcurrieron en aquel ambiente sulpiciano de trabajo y plegaria le marcarían para toda la vida, asimilando la espiritualidad de Olier y asimilando la proyección apostólica que los seminaristas iniciaban en las catequesis dominicales de las parroquias parisinas. [...]

Por esos años se fue imperceptiblemente vinculando con la obra de caridad que había iniciado su director espiritual, el hoy Beato Nicolás Roland. Este joven sacerdote había acogido a varias hermanas enviadas por el Beato Nicolás Barré, que en París había iniciado un Instituto de «Hermanas del Niño Jesús» para la educación de niñas pobres.

Los gestos y las limosnas del joven canónigo hacia la obra de su director espiritual, compañero de cabildo y amigo, se multiplicaron. Pero, de momento, no eran más que gestos compasivos. Su corazón y su tiempo estaban en otra parte. Sus ideales iban por el sacerdocio.

El 21 de marzo de 1676 recibió el diaconado y culminó su proceso académico con la licenciatura en Teología. La fecha más significativa de su vida fue la del 9 de abril de 1678. Ese día selló su entrega a Dios con el Orden sacerdotal. Y se comprometió más aún con la plegaria en el coro catedralicio y con el cuidado de sus hermanos.

Al frente de unas Escuelas

Una carga especial y «providencial» le llegó cuando el 27 de abril de 1678 falleció el piadoso Roland y le dejó el encargo de sacar adelante las escuelas de las hermanas que había organizado. Entendió el gesto como guiño de la Providencia. Sin darse todavía cuenta de lo que ello representaba, ayudó a obtener el reconocimiento le

al de la obra y logró algunas colaboraciones económicas. Las escuelas se mantuvieron en pie. En febrero de 1679 obtuvo para ellas las letras patentes, o reconocimiento civil que aseguraba su existencia legal.

Fue el preámbulo para otro paso más comprometido al que Dios le empujaba sin él darse cuenta. En marzo de 1679 se encontró con el audaz maestro Adriano Nyel, que llegaba a Reims para iniciar unas «Escuelas de Caridad para niños». El encuentro aconteció en una de sus visitas de apoyo a las hermanas. Le enviaba el padre Barré y le recomendaba en diversas cartas a personas influyentes de la villa. Ante la conveniencia de comenzar la tarea con discreción, el joven canónigo La Salle le alojó en su misma casa junto al ayudante.

Lo que parecía una obra de caridad pasajera se transformó en una atadura definitiva. La influencia y el empeño de tan oportuno protector, abrió a Nyel todas las puertas. En unión con otros maestros que se le unieron, las primeras escuelas de caridad para niños pobres se iniciaron en tres parroquias de Reims: San Mauricio, Santiago y San Sinforiano. Era la gran necesidad social del momento.

En abril de 1680, Juan Bautista obtenía el doctorado en Sagrada Teología. Su alegría estaba acompañada por la buena marcha de la familia. Profesaba su hermano Santiago José, que había ingresado en los agustinos. Su hermana María se había casado el año anterior.

Su interés por los estudios y su afán por cultivarse intelectualmente no le impedían seguir de cerca la obra de las hermanas y de las escuelas. Apoyaba a Nyel que se había establecido en una casa con los maestros reclutados. Pero comenzaron los desafíos y las urgencias. Las frecuentes ausencias de Nyel impedían el orden en las escuelas. En medio de sus afanes de canónigo, de lector infatigable, de animador y director de almas que le fueron eligiendo como guía, no faltaron los reclamos interiores para tornar en serio la obra de las escuelas. Ni siquiera las zozobras o las tristezas que le llegaron, como la que sufrió cuando el 21 de marzo falleció su hermana Rosa en el convento en el que había ingresado, le impidieron caminar con rumbo bien meditado.

Los inicios de las Escuelas Cristianas

El 24 de junio de 1681 se arriesgó a un primer paso fundacional, que todavía no era entendido por él como atadura definitiva, pero que iba a ser decisivo. Llevó a los maestros a su casa familiar y comenzó a dirigirlos de forma más cercana y personal y a fortalecerlos en su misión educadora con sus charlas, alientos y recomendaciones. Aquel intento, aunque no era en su mente más que una medida provisional, originó reacciones adversas en el círculo familiar más cercano.

La situación se fue haciendo insostenible, por la incompatibilidad entre la rudeza de los pobres maestros de escuela y la elegancia de vida del hogar que los acogía. Juan Bautista de la Salle se decidió a dar un paso más: un año después exactamente, el 24 de junio de 1682, se trasladó con ellos a vivir en una casa alquilada por él.

Ante una llamada al decidido Nyel para abrir otras escuelas en Chateau-Porcien y en Guisa, el buen canónigo se sintió más comprometido con los maestros. Su seguimiento de las tareas docentes se intensificó hasta no tener ya marcha atrás. Se dio cuenta de que era una llamada divina muy personal y se decidió a entregarse a aquella labor que en ese momento beneficiaba ya a un millar de niños.

El 16 de agosto de 1683 dio un nuevo paso, símbolo de su compromiso definitivo: renunció a la canonjía en favor de un sacerdote pobre y no de su hermano Juan Luis, que ya se hallaba en el camino del sacerdocio siguiendo sus pasos en San Sulpicio.

El disgusto de sus familiares se incrementó cuando, detrás de este gesto evangélico de renuncia, llegó otro más impresionante. Con motivo del hambre que se extendió por la ciudad en el invierno de 1683 a 1684 comenzó a distribuir sus bienes personales a los pobres. A nadie dijo que lo hacía de una forma muy meditada ni que sólo se desprendía de lo suyo personal, dejando todas las propiedades a sus hermanos.

Tampoco comunicó a nadie el consejo de sus directores espirituales que estaba detrás de tal medida. Había sido el buen padre Barré, a quien seguía consultando en sus asuntos más decisivos, quien le había dado la consigna definitiva: «Dios sólo... entonces todo quedará bien fundamentado». Cuando en septiembre de 1684 reunió en asamblea a los maestros que le seguían, ya tenía tres escuelas bien organizadas. Entonces pudo hablarles un lenguaje de cercanía: no era ya el sacerdote rico, miembro de una familia distinguida; era un pobre como ellos y el motor de una empresa hermosa de educación. Entonces trazaron los primeros reglamentos de las Escuelas Cristianas. Eligieron su vestido singular y uniforme. Comenzaron a llamarse hermanos. Iniciaron un hermoso instituto religioso para atender la urgente necesidad de la «educación de los pobres y de los artesanos».

Nace la Congregación de Hermanos Laicos

En mayo de 1686, el grupo había madurado como comunidad. A invitación suya, formularon una primera consagración en forma de un voto de obediencia. La Salle pensó que había llegado el momento de elegir un superior que no fuera sacerdote y lo logró provisionalmente en uno de ellos, el hermano Enrique Lheureux. Cuando se enteró el arzobispo, anuló tal elección y ordenó que siguiera al frente de la comunidad y de las escuelas de Guisa, Laon, Rethel, además de las de Reims. La muerte de Barré, el 31 de mayo del 1686, y la de Adriano Nyel, un año después, le dejó como único inspirador de la obra emprendida.

Las dificultades e incomprensiones que hallaba en Reims le animaron a aceptar la invitación del párroco de San Sulpicio de París para trasladarse a la capital del reino y dirigir la escuela que malvivía en la parroquia. Su llegada a la capital fue el 24 de febrero de 1688, a la escuela de la calle Princesa. Se iniciaba otra etapa en su vida de fundador.

Nuevas vocaciones, pero también nuevas dificultades, se fueron presentando a medida que las escuelas fueron aumentando. Surgieron en Reims, donde quedó de superior de los hermanos Enrique Lheureux. Y se incrementaron en París, donde los maestros calígrafos encontraron en la gratuidad de sus escuelas estorbo para sus intereses pecuniarios.

Y es que, a la escuela de San Sulpicio en la calle Princesa, siguió la apertura de otra en la calle Du Bac. Juan Bautista quiso consolidar la obra, también en el plano espiritual: el 21 de noviembre de 1691 hizo con los dos hermanos más comprometidos, Gabriel Drolin y Nicolás Vuyart, un «voto heroico, de mantener la obra a pesar de todas las dificultades, «aunque tuvieran que vivir de limosna y comer sólo pan». Fueron los cimientos del grupo, aunque uno de los tres pronto fallaría.

Con intención de fortalecer el grupo pensó en el hermano Enrique Lheureux para superior. Le llevó a París y le orientó a estudiar Teología para que se ordenara sacerdote, a fin de que fuera su reemplazante en el gobierno de la obra sin oposición episcopal. Dios tenía otros designios y el hermano Enrique enfermó y falleció. Repuesto el fundador de su dolor, entendió en esto un signo de la Providencia y la consigna de que sus hermanos «fueran laicos siempre», se convirtió para él en evidencia y para el instituto en principio básico de identidad.

En 1692, el 1 de noviembre, organizó el noviciado en París para formar nuevos maestros. Alquiló una casa en el barrio de Vaugirard, en las cercanías de sus escuelas. Algunos jóvenes más comprometidos se fueron adhiriendo a la obra y el número de hermanos llegó a los 30.

El grupo, ya repartido entre Reims y París, se consolidó hasta tal punto que, en la asamblea del 6 de junio de 1694, doce hermanos ya emitieron sus primeros «votos perpetuos de asociación, estabilidad y obediencia». La demanda de nuevas escuelas estimulaba cierto entusiasmo, pero al mismo tiempo originaba inquietud en el fundador.

Cuando el nuevo siglo inició su andadura, los frutos conseguidos resultaban ya consoladores: sus escuelas se extendían por veinte lugares diferentes. Y los alumnos eran casi los tres millares. [...]

Cuando se acercaba el año de 1717 pensó que había que organizar definitivamente la sociedad religiosa surgida. El 16 de mayo de ese año convocó una asamblea de todos los hermanos. Y fue entonces cuando consiguió dejar el cargo de superior. Fue elegido el hermano Bartolomé, director en París y que había sorteado las intromisiones externas.

Juan Bautista de la Salle se retiró a San Yon, cerca de Ruán. Allí redactó la Regla definitiva de los hermanos y retocó diversos libros de los que tenía preparados. Atendió espiritualmente sobre todo a los novicios y a los jóvenes albergados en la casa. Sus últimas obras escritas, como las Meditaciones para los domingos y fiestas y la Explicación del método de oración, juntamente con las 126 cartas que nos quedan de las miles que salieron de su pluma, completaron las 3.394 páginas que conservamos de sus 20 libros y de sus otros memoriales y escritos.

La enfermedad reumática y urémica se apoderó de él en los comienzos de 1719. El 19 de marzo celebró su última misa y el 3 de abril dictó su testamento, El Viernes Santo, 7 de abril de 1719, falleció, sin casi haberse enterado de la última persecución que se cernía sobre él: se le habían retirado las licencias eclesiásticas ante nuevas calumnias de que era objeto en la curia diocesana. Expiró después de haber dicho: «Adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo».

Dejaba 42 escuelas y comunidades, de las 58 que había abierto en vida. Había 125 hermanos y entre 5.000 y 5.500 alumnos frecuentaban sus escuelas. Enterrado en la iglesia de San Severo, sus restos fueron trasladados a San Yon en 1734. Ya en el siglo XX, descansaron en la casa de Lebecq-lez-Hall por motivo de la exclaustración de los religiosos de 1904 en Francia. El 26 de enero de 1937 fueron llevados sus restos a la casa general de Roma, donde hoy se veneran.

Su memoria se conservó siempre no sólo entre los suyos, sino en diversidad de institutos posteriores que se inspiraron en su carisma.

Fue beatificado por León XIII el 19 (le febrero de 1888 y canonizado por el mismo papa el 24 de mayo ele 1900. Pío XII le proclamó «Patrono de los maestros católicos», con el breve pontificio Quot ait, el 15 de mayo de 1950.

Con motivo del 350º aniversario del nacimiento de San Juan B. de La Salle, Juan Pablo II me escribía una carta, en la que decía: «El secreto de Juan Bautista de La Salle es la relación íntima y viva que mantuvo con el Señor en la oración diaria, fuente de la que sacó la audacia creativa que lo caracterizaba» (26 de abril de 2001).

Álvaro Rodríguez Echeverría

El día **8 de Abril de 2018** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).